

ECUADOR **Debate**

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Fredy Rivera Vélez, Marco Romero.

Director: - Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editor: Hernán Ibarra Crespo
Asistente General: Margarita Guachamín

REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© **ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR**

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$ 45

ECUADOR: US\$ 15,50

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 15

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$ 5,50

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Telf: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

PORTADA

Gisela Calderón/Magenta

DIAGRAMACION

Martha Vinuesa

IMPRESION

Albazul Offset

ECUADOR DEBATE 91

Quito-Ecuador, Abril 2014

PRESENTACION / 3-6

COYUNTURA

Diálogo sobre la Coyuntura: El significado de las elecciones locales del 23 de febrero de 2014 / 7-20

“El orden del discurso” del Presidente Rafael Correa / 21-42

Conflictividad socio-política: Noviembre 2013-Febrero 2014 / 43-52

TEMA CENTRAL

Desde el “otro” a la identificación de uno mismo

J. Sánchez Parga / 53-56

Caleidoscopio de identificaciones y desolación de la identidad

Marie Astrid Dupret / 67-78

De la identidad inclusiva a la identificación inconclusa

Cristina Simon / 79-90

Una economía política de la alteridad

Carlos Rojas / 91-108

El delirio de la identificación paranoica

Saki Kogure / 109-122

Ídem. Uno mismo y el otro

Gino Naranjo / 123-128

“Nosotros los manabitas...” Una identidad regional en la costa ecuatoriana

Carmen Dueñas de Anhalzer / 128-136

DEBATE AGRARIO-RURAL

Las comunidades de indios

Pio Jaramillo Alvarado (Petronio) / 137-144

2 Índice

ANÁLISIS

Año 72: ECUARUNARI, condición comunal y Cristianos por el Socialismo

Juan Fernando Regalado Loaiza / 145-164

En la ciudad de Quito: proceso organizativo de la comunidad 'Runa Kawsay'

Pascual Yépez Morocho / 165-188

RESEÑAS

Entre dos aguas. Tradición y modernidad en Guayaquil (1750-1895) / 189-190

Caleidoscopio de identificaciones y desolación de la identidad: Una juventud marginal en busca de referentes

Marie Astrid Dupret*

La construcción de identidad simbólica de un niño, su capacidad de devenir autónomo y responsable, pasa por un proceso de identificación a una figura que represente para él un Ideal. El padre nombrado como tal por la madre suele ocupar esta función. Sin embargo, cuando el padre no está reconocido por la sociedad, ni valorado por la madre, solo queda al joven, para suplir a este vacío, buscarse identificaciones imaginarias en el abanico de posibilidades del mundo posmoderno: tribus urbanas, adscripciones sexuales o pandillas. En estas condiciones, su personalidad se construye 'como si' en el mejor de los casos, pero fácilmente puede derivar hacia el camino errante de la psicopatía.

Ceremonia

Quito, 2012, unos jóvenes se gradúan después de una formación técnica que les prepara para ejercer distintos oficios.

El ambiente es de alegría. Las chicas pasan primero a recoger sus premios, todas vestidas con el uniforme impecable, muy lindas con un maquillaje simple. Luego se llama a los varones, también con un pantalón oscuro y una camisa blanca; sin embargo, en su mayoría, exhiben un peinado, por cierto la obra de un peluquero especializado, que contrasta con el ambiente general de sobrie-

dad. Curiosamente estas crestas muy sofisticadas, en lugar de resaltar su virilidad, parecían disfraces torpes que subrayaban su origen modesto, un despliegue de la imagen que, en lugar de valorar el momento importante de la graduación, creaba una impresión surrealista.

La manera de presentarse en público, y en ciertas ocasiones especiales, revela algunos aspectos de la persona. En el caso mencionado, se evidencia el esfuerzo desesperado, pero fallido, de estos jóvenes por adscribirse al modelo cultural prevalente de la posmodernidad, en busca de un reconocimiento.

* Doctorado en Filosofía por la Universidad de Lovaina. Psicoanalista miembro de la Asociación Laciana Internacional. Profesora de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

Esta observación nos lleva a interrogarnos sobre los procesos de identificación y en particular sobre lo que lleva a un sujeto a sentirse parte de un grupo organizado que le confiere un estatuto de miembro pleno de su sociocultura, y por ende a ocupar un lugar propio y único como sujeto. No es un ejemplo aislado. La misma impresión de disfraz—un disfraz para ser ‘de verdad’ lo que uno representa—, se observa a menudo entre los jóvenes de sectores precarios, chicos de la calle o menores recluidos en centros para adolescentes infractores.

Por cierto, todos, al vestarnos, intentamos seguir de lejos o de cerca la moda, en función de modelos propuestos por la televisión u otra fuente de propaganda del mercado. Pero, por lo general, existe un alto grado de coherencia entre nuestra manera de arreglarnos y nuestro estatuto social. Porque por lo normal, la apariencia es inseparable de la identidad, tanto en el plano simbólico como imaginario, y el Yo y el Ego se complementan de manera más o menos armónica. Pero no es el caso para todo el mundo, no es algo innato; en gran parte, depende de la manera cómo el sujeto se sitúa con sus coordenadas personales en el tablero del mundo, precisamente lo que está indefinido para los adolescentes de sectores marginales, es decir grupos sin organización sociocultural propia, y que dependen de la clase que detiene el poder.

A continuación intentaremos explicar por qué, para ellos, la identidad subjetiva está en entredicho, y porque se ven abocados a suplir este vacío con una fuerte apuesta imaginaria y a veces real.

La identidad del sujeto, o sea su ca-

pacidad de actuar en nombre propio, es función de los tres registros: real, imaginario y simbólico; real de un cuerpo sexuado, imaginario de los rasgos diferenciales en relación con los otros, y que le permiten reconocerse y hacerse reconocer con su singularidad, y simbólico a través de su filiación y su historia personal. Sin embargo, en un mundo saturado por lo visual, son las identificaciones hacia las imágenes que dominan, frente a la debilidad de los aspectos relacionados con la esencia del sujeto en un mundo unisexista de géneros múltiples.

Por otro lado, las referencias estructurantes a una familia se están perdiendo y los vínculos de parentesco se desagregan. Para el joven de sectores marginales, esta atomización del lazo social lleva a consecuencias mucho más graves, y la inscripción familiar se ha vuelto muy frágil, por el mismo hecho que a menudo no se trata de un grupo con vínculos estables; además el padre suele ser un personaje secundario o ausente del mundo del niño (Dupret, 2003).

A menudo, segregado de una identidad simbólica y colectiva, el joven busca con desesperación cualquier apariencia, cualquier rasgo físico, que le permita integrarse a una colectividad de sustitución, lo que explica el éxito, entre los chicos de los suburbios, de las tribus urbanas, pandillas y otros grupos con múltiples signos de identificación y supuestas inclusiones sociales.

Tribus urbanas, pandillas, adscripciones sexuales e identificaciones sustitutivas

No cabe duda que, en el mundo posmoderno, una de las funciones prin-

cipales de las 'tribus urbanas', es la de brindar un abanico de posibilidades identificatorias muy visibles y por ende otorgar referencias de identidad imaginaria por el hecho de desplegar cantidades de rasgos, vestimenta, tatuajes, *piercing*, susceptibles de ser escogidos por cada uno a su antojo. De modo que permiten al sujeto a la deriva, tener el sentimiento de 'ser parte de', la impresión de estar incluido en un grupo sociocultural, por compartir signos a la vez comunes y específicos, y ser reconocido como tal por los otros miembros del grupo, sin exigencias, sin compromiso, pero tampoco con algún espacio para un deseo personal y una responsabilidad existencial.

Desde otro punto de vista, las tribus urbanas allanan el camino a la inserción en pandillas. Para los jóvenes marginales, la pandilla, en un contexto de vacío sociocultural, ocupa un lugar sumamente valorado al recrear un grupo de pertenencia muy organizado. En particular, para los chicos de sectores desfavorecidos, la pandilla se constituye como pseudo lazo social porque se sustituye a la falta de inscripción en un grupo tradicional.

Cabe notar que se trata de un fenómeno mundial con una función muy importante para una juventud desamparada, carente de una inscripción social auténtica –auténtica en la medida en la cual el adolescente se sentiría reconocido a la vez que se reconocería a sí mismo en su seno. De modo que, para quien se siente abandonado a sí mismo, sin autoridad, la pandilla está ahí para sustituir a los lazos socio-familiares desfallecientes.

Lo que ofrece la pandilla en esencia, es el sentimiento de pertenecer a una comunidad estructurada, que dé al sujeto la impresión de adquirir una "personalidad", sin duda ficticia pero muy fuerte, con referencias visibles, fáciles de integrar, aunque imaginarias y superficiales –es el caso de decirlo– como los tatuajes y otras marcas corporales. Además la pandilla delimita una zona intermedia entre el caparazón familiar y el espacio público, en el momento de la transición entre la infancia y la madurez adulta. Como lo explican Marcelli y Bracconier en *Psicopatología del adolescente* (1988) la pandilla de pares juega para la juventud marginal un rol capital desde el punto de vista de la socialización y de su necesidad inmensa de identidad:

"La banda es para el adolescente el medio gracias al cual intenta encontrar una identificación (idealización de uno de los miembros del grupo, de una ideología), una protección (tanto frente a los adultos que frente a sí mismo, en particular su propia sexualidad: es la vertiente homosexual de toda pandilla de adolescentes), una exaltación (potencia y fuerza de la pandilla contrariamente a la debilidad del individuo), un rol social (dinámica interna de la pandilla con los diversos roles que se juegan ahí: cabecillas, sometidos, excluidos, huéspedes, enemigos...). La dependencia del adolescente respecto a la 'pandilla' a menudo es extrema." (pp.12-13).

El conjunto de pares, alrededor de una figura de excepción, que es una pandilla, sirve por lo tanto para reintroducir, sin duda de manera torpe pero no por esto menos significativa, la necesidad del ser hablante de situarse en un

sistema de reciprocidad, fundamento de toda construcción social originaria, de la misma manera que se encuentra esbozado las tres formas principales de intercambio, el intercambio de palabras, bienes y mujeres.

Desde luego, al hablar de pandilla no se puede desvincular del tema de la delincuencia. No es que un joven de sectores precarios tenga una tendencia innata a la transgresión, pero su situación de segregación le hace presa fácil de las mafias transnacionales que necesitan a pequeños esclavos —como las conocidas mulas del narcotráfico— para cumplir con las tareas básicas de sus negocios sucios.

Por fin, por cierto y de manera a menudo inadecuada, la pandilla protege al joven de la errancia, esta búsqueda infinita de un lugar de existencia, de un puerto de amarre, de un lugar (desde) dónde existir, y por ende una posibilidad de vectorización de su actuar, y una respuesta a su necesidad de protagonismo a través de cualquier actuación, imaginaria pero carente de valor simbólico, una ilusión de poder detrás del acto delictivo, aunque sea meramente por el dinero que procura el adolescente.

Más recientemente, en el mundo posmoderno, una mina de adscripciones sexuales se ofrece a los jóvenes (y no tan jóvenes) para su construcción identitaria, resultado del sexo considerado como cuestión de opción personal y de la indiferenciación sexual concomitante, como lo ilustra el nuevo uso de la palabra ‘género’, un desmentido a lo real de la determinación del sujeto por masculino o femenino. En este sentido, se ha abierto una serie de alternativas tan variadas como extravagantes, un verdade-

ro catálogo de grupos exclusivos y excluyentes, donde el adolescente puede bucear para ver si encuentra una imagen de sí a su gusto.

Los pocos trabajos realizados en Quito respecto al transexualismo entre jóvenes de grupos desfavorecidos, muestran que se trata por lo general de una opción de conveniencia, sin ningún afán de emasculación, donde no aparece el drama existencial de la indefinición sexual, sino más bien un travestismo que permite a algunos adolescentes, encontrar una pseudo identidad de género, con efectos de mercado; tomando en cuenta que muchos de los que se reivindican del transexualismo en el Ecuador, están vinculados al negocio de la prostitución.

Para entender las causas de la búsqueda incesante de identificaciones por parte de jóvenes de sectores marginales y sus dificultades en el curso de la infancia cuando falta una referencia simbólica, vale la pena examinar el concepto de ‘como si’ propuesto por Helen Deutsch antes de analizar el proceso de estructuración edípica.

Personalidades ‘como sí’

Se debe a Helen Deutsch, en *Psicoanálisis de las neurosis* (1934), el análisis de una serie de casos reunidos bajo el concepto de personalidades ‘como sí’. Todas estas observaciones tienen en común, según el autor, el hecho de que “las relaciones afectivas del individuo con el mundo exterior y con su Yo parecen empobrecidas o ausentes”; “cada intento para entender la manera de sentir y la manera de vivir de este tipo, impone al observador la impresión ineludible que

toda la relación del individuo a la vida contiene algo de falta de autenticidad y, sin embargo, desde el exterior aparece 'como si' estuviera completa" (p.238).

Por este motivo, habla de una 'identificación sin objeto'. Todo indica en el individuo 'como si', no "un acto de represión, sino una pérdida real de la investidura de objeto" (p.240); además de un "gran vacío afectivo y moral". En efecto, "completamente desprovista de carácter, totalmente sin principios en el sentido literal del término, la moral de los individuos 'como si', sus ideales sus convicciones son simplemente los reflejos de otros individuos, buenos o malos" (Deutsch, p.241).

Continúa diciendo que "la estructura indecisa del complejo de Edipo, era progresivamente abandonada, sin jamás alcanzar la formación total y unificada del Superyó. [...] las identificaciones quedan inciertas y transitorias. Los representantes que van a suplir a la conciencia, quedan en el mundo exterior y, en lugar del desarrollo de la moral interior, aparece una identificación persistente con los objetos exteriores" (Deutsch, p.244).

La reflexión de Deutsch es de gran importancia para entender la indefinición identitaria de adolescentes marginales que los lleva a fundirse entre las identificaciones imaginarias del mundo posmoderno, tribu, pandilla, género, u otras, así como las conductas de errancia y de delincuencia de algunos de ellos, y nos invita a recorrer con pocas palabras los distintos momentos de la construcción subjetiva, desde la infancia temprana hasta la edad escolar.

El primer momento, llamado Estadio del Espejo, corresponde a la toma de

consciencia todavía balbuceante, del lactante de no ser una mera extensión del cuerpo materno, al adquirir un principio de consistencia propia; en este tiempo primordial, se da el paso inicial al proceso "formador de la función del Yo", en palabras de Lacan (1949), que fomentará la posibilidad de existencia de un sujeto adulto autónomo. El esbozo de 'sí mismo', incierto y frágil, es el que se ve reflejado en la mirada materna, con su dimensión real y concreta (Winnicott, 1995).

El tiempo originario de subjetivación, está seguido por otro, cuando el bebé, desde luego con la ayuda y la autorización implícita de su madre, asuma su inadecuación de serlo todo para ella, y empieza a construirse como ser singular. Entendámonos. Es imprescindible, para que siga adelante la paulatina evolución del lactante hacia la adultez, que pueda experimentarse como carente, incapaz de satisfacer plenamente a su madre y que por momentos, sienta que a ella, le interesen otras cosas que él mismo, que no toda su atención esté volcada hacia sus gestos y mímicas, o sea que exista entre él y ella, una distancia, algo que les separe, donde se pueda infiltrar una forma de deseo personal por parte del pequeño.

El último tiempo del desarrollo edípico, introduce a un tercero simbólico, referencia fundadora del proceso de socialización, y por ende elemento integrador del sujeto a una sociocultura humanizante, donde el Padre –o mejor dicho el Nombre-del-Padre- ocupe un lugar de referencia y de excepción. En esta etapa, el "Ideal del Yo" (Freud, 1921), introyección de la figura magnificada y

amada de la autoridad, juega un papel esencial para permitir al niño zafarse del regazo materno y paulatinamente asumir una posición en la trama de su vida y en el seno de su grupo, bajo la guía de este maestro. Porque el padre simbólico es mucho más que el tercero del triángulo edípico; sirve más que todo para marcar un punto de anclaje del niño en la sociedad, una referencia que da al pequeño, una identidad en el *hic et nunc* de la cotidianidad, con un nombre, con un apellido, incluso con un estatuto. Además el padre es supuestamente el garante del cumplimiento de la Ley que ordena cualquier sociocultura.

Edipo en busca de un padre

Si el primer paso de la identificación del niño con la imagen especular, marca un inicio de distanciamiento respecto a su madre y constituye un principio de subjetivación, el segundo, al introducir una mediación frente al deseo materno, indica la necesaria travesía de la perversión –recordemos la expresión de Freud (1905): “El niño, este perverso polimorfo”- en la medida que es preciso para cada sujeto establecer un escenario concreto para probar en la realidad, su capacidad de ser ‘de verdad’. El real-imaginario en juego en esta época, tiene gran importancia para la actuación del niño y para la estructuración de un deseo propio, independiente de su madre. Sin embargo, para seguir su proceso de construcción subjetiva, no debe quedar atascado en una exigencia de concreción y materialización, sino más bien aprender a sublimar sus anhelos, para que se vuelvan compatibles con una vi-

da social gratificante, donde se sienta habilitado a tener un rol propio.

Volviendo a nuestro ejemplo del principio, no cabe duda que estos adolescentes o jóvenes hayan atravesado el primer período de estructuración subjetiva, con la construcción de un Yo primordial. Tampoco se observaban en ellos, signos exteriores de patología mental, aunque desde luego no es posible descartar algún caso a falta de un abordaje personal.

Las asperezas de la vida cotidiana en un medio desfavorecido, no ofrecen a la madre mucho tiempo para cuestionarse sobre sus estados de ánimo, ni sobre su deseo de hijo, ni tampoco le permiten interesarse de manera excesiva en él. Por cierto el embarazo y la lactancia le han brindado ciertos privilegios que le dan un sentimiento de reconocimiento y un lugar en la sociedad, pero no suelen vivir en una situación de aislamiento con su bebé sino que siempre hay un sinnúmero de otras personas bajo el techo familiar. Más tarde, a menudo, otro bebé ha remplazado al lactante en los cuidados maternos, una hermana ha tomado la posta de la madre y el niño adquiere por la fuerza, una autonomía física –se desplaza cada vez con más soltura-, y tiene un entorno material donde aprende a arreglárselas por sí mismo, a veces incluso con más habilidad que los infantes sobreprotegidos de los sectores acomodados. De modo que experimenta la falta, pero también desarrolla la posibilidad de descubrir el espacio que le rodea y controlar su contexto de vida, probablemente mucho más que niños criados en circunstancias de mayor bienestar material.

Por lo tanto, todo indica que un contexto socio-económico de nivel bajo, no

impide un desarrollo psíquico óptimo. Y de hecho, es el caso en socioculturas apartadas del mundo industrializado, que precinden de vinculaciones con el mercado. Pero la marginalidad presenta un otro panorama, porque en estas circunstancias, existe un vacío casi inconmensurable en cuanto a la referencia a una figura paterna, al Nombre-del-Padre, o sea a la dimensión de lo Simbólico, lo que equivale hablar de carencias en lo Simbólico, esencia de toda sociocultura.

La palabra marginalidad contiene el significante 'margen', estar 'al margen', al margen del poder, al margen de las decisiones, del saber, de la creatividad... No es comparable a la exclusión, que significa estar colocado afuera y permite a uno posicionarse en la 'oposición', en contra de. En cambio, la marginalidad es la periferia, el suburbio (la 'urbe de abajo'), no tiene existencia propia, solo remite a los bordes indefinidos y deshilachados que mantiene como pueda, su vinculación con el centro. Unos hablan de segregación pero ni siquiera se trata de una subcultura tal como puede surgir en ciertos guetos. Sencillamente no hay organización sociocultural sino meramente despojos de la cultura dominante ante los cuales la gente de estos sectores intenta apropiarse. Y lo que ocurre al nivel material, se refleja en el plano, psicológico. Los jóvenes imitan de la manera más fiel posible, lo que ven en la televisión o por Internet, atrapados en una profunda incapacidad de pensarse por sí mismos.

¿Qué tiene que ver este vacío de subjetividad con el Nombre-del-Padre, o sea la simbolización de la función paterna?

El padre es quien preside al proceso de socialización y su característica es servir de garante a la organización social. Porque ninguna sociocultura puede hacer caso omiso de un referente que marque la plaza de excepción, un lugar abstracto pero muy eficiente para determinar la posibilidad de funcionamiento de un sistema (el Real Diccionario de la Lengua Española es necesario para asegurar que el español sea un idioma vivo, con sus reglas bien definidas para garantizar la validez de los enunciados producidos). Precisamente este lugar, en la marginalidad, está habitado por un 'ocupa'— la palabra se moldea a la perfección al sentido que se le puede atribuir. Porque el padre de la marginalidad, es por definición un padre sin poder, un padre 'impotente', y la ausencia de alguien que reclame ser nombrado 'padre', tiene como consecuencia para el niño, una situación de indeterminación, sin modelo que seguir, que desembocará en la adolescencia en conductas erráticas, en la búsqueda sin fin de un lugar de pertenencia. A falta de una vinculación estructurante con un padre, solo le queda buscarse como pueda, una identidad de remplazo, en una tribu urbana, en un grupo alternativo de adscripción sexual, en una pandilla, o lo que esté a su disposición.

Estas adhesiones identificatorias de tipo esencialmente imaginario, se conforman después de la infancia y de la época de latencia cuando el sujeto infantil estaba confrontado al vacío de la función paterna; surgen de manera más bien brusca en el pasaje adolescente, precisamente en el momento en que el joven se ve abocado a cuestionar a su padre de la realidad, o, en términos co-

rientes, cuando tiene que ‘matar al padre’, es decir distanciarse del ‘papito’, y simbolizar los valores y saberes aprendidos de él, al imitar su conducta.

La pregunta es ¿Qué pasa entre estos dos momentos, la solución del complejo de Edipo y la pubertad? ¿Encontramos elementos que permitan vislumbrar, entre las distintas opciones de identificación, la que va a seducir al chico de sectores marginales, cuando atraviese la adolescencia? Por ende, para entender mejor lo que sucede, hay que explicar, por lo menos de manera sucinta, lo que ocurre entre los cinco o seis años, edad de la primera escolaridad y el pasaje adolescente, cuando los trastornos debidos a estas vivencias deficitarias, se manifiestan con fuerza.

A la edad cuando, por lo normal, la amenaza de castración relacionada con el padre poderoso, le incita a renunciar a ser el objeto de su madre, el niño para quien esta figura queda desdibujada, se encuentra entonces sin guía, sin ‘mentor’, sin brújula, lo que explica sus dificultades en su proceso de aprendizaje escolar. Suele encontrar varios escollos, entre los cuales mencionemos la desarmonía cognitiva, o sea un problema de los continentes del pensamiento que son las categorías como las de espacio y sobre todo de tiempo, debido a la falta de memoria de su primera infancia, ya que nadie le prestó mayor atención cuando era bebé, tampoco hay muchos recuerdos familiares de su historia. Otra traba es el desconocimiento de lo que es una regla y más aun una Ley. Además la relación al Otro, es complicada a falta de una herencia de los saberes de la sociocultura. En fin, se puede decir con Miguel Benasayag y Gérard Schmit (2006)

que “Los problemas de aprendizaje (del niño) nos revelan una dificultad para desear en la vida, para desear la vida” (p.56).

Ideal del Yo, introyección simbólica y padre descalificado

En la dialéctica edípica, si por un lado, el padre es la figura que ocupa un lugar de intermediación entre la familia y la sociedad, sirve además de referencia simbólica principal a la inscripción del niño en un orden sociocultural definido. Por otro lado, en el plan subjetivo, el padre es quien irrumpe en la diada y rompe la burbujita que le unía a su madre. Sin embargo, quien ocupa este lugar de baliza, no lo es por efecto de la naturaleza sino, en primer lugar, a través de la palabra de una madre quien le nombre como padre de sus hijos. Otrora este nombramiento estaba abalizado por el matrimonio, una legitimación a través de la dación del apellido, presente en todas las sociedades tradicionales, de modo que al nacer, todo niño tenía a su alcance una referencia paterna para determinar su lugar en el tablero del mundo, y por ende, un lugar desde donde desear. Todavía es el caso para la mayoría de los niños que vienen al mundo con una identidad definida por el registro civil –dejemos aquí las torpezas de la posmodernidad al respecto. Por suerte, para muchas mujeres, su compañero o su esposo no deja de ser el padre que han deseado para sus hijos, o sea la representación fundamental del orden de la sociedad, el Nombre-del-Padre.

Para el infante, esta situación le facilita mucho la caminata en la vida, al marcarle con claridad hacia dónde

orientar sus pasos. Porque para el niño, el personaje encarnado por el padre, reviste valores esenciales, los que quiere imitar para, un día, adquirir los mismos insignes de poder como el gran hombre admirado por su madre. Volvamos un momento sobre el concepto de Ideal del Yo, "instancia psíquica que escoge entre los valores morales y éticos requerido por el superyó, las que constituyen un ideal hacia el cual aspira el sujeto" (Chemama, 1998). La función de ideal de la figura paterna, es necesaria en el proceso de subjetivación. Porque el Nombre-del-Padre, con toda su complejidad, sirve de bisagra a las distintas nociones reales, simbólicas e imaginarias, que atraviesan al sujeto en formación.

En unas condiciones de marginalidad, numerosos son los obstáculos que impiden el recorrido psíquico del niño, que va de la identificación con el deseo materno, al advenimiento de un ser autónomo, sujeto de su propio deseo, por medio de la identificación con su padre. Porque no raras veces, el padre está descalificado a los ojos de la madre, insuficiente para significar algún deseo suyo, y sobre todo para representar una figura de la Ley, envidiable y temible. En el cuento de la Llorona que nos recuerda Sonia Montecino en *Madres y Huachos* (1991, p.40), la mujer india deslumbrada y seducida por el conquistador, cuando éste la abandona, se queda con su hijo, lamentándose, al lado de su marido desvalorizado y acongojado. Aunque este mito remite al tiempo de la conquista, no es menos cierto que, en la tradición latinoamericana, la figura de la madre con su hijo en los brazos, sin padre presente, es muy común, como lo resaltan las figuraciones de la vir-

gen María (Montecino, p.25ss).

Entonces entendemos que la falta de un padre reconocido como referencia ideal del Yo, admirado por la madre y capaz de sostener su construcción subjetiva, tiene como consecuencia que el niño tienda a quedar atrapado en la identificación con el objeto de deseo materno sin poder progresar hacia una solución del Edipo.

Esta situación es comparable a la ausencia de ideal que Helen Deutsch puso adelante en su análisis de la personalidad 'como sí' de algunos adultos. Algunos niños son representativos de la tendencia 'como sí'; en el curso de su primera escolaridad, no se apoderan de la enseñanza que reciben, no se hacen sujetos de su aprendizaje, no se apropian de los grandes relatos para construirse una novela personal. Es el caso de la mayoría de los adolescentes de nuestro ejemplo. Sin embargo la situación de muchos otros devela un destino mucho más problemático que se puede relacionar con la psicopatía.

El camino errante de la psicopatía

A pesar de su connotación peyorativa, la psicopatía, o sufrimiento del alma, es un término apropiado porque apunta a una patología que conviene interpretar en función de un proceso de socialización truncado, directamente ligado a un vacío en cuanto a la integración socio-cultural y al desconocimiento de la normativa ética del grupo, que se explican en primer lugar por la ausencia de una referencia paterna idealizada. Como lo escriben Marcelli y Braconnier (1988), "lo esencial del conflicto (del joven psicópata) no se juega entre las diversas ins-

tancias psíquicas, no más que entre los miembros de una misma familia, sino entre el sujeto y el grupo social" (p.282).

En el DSM (Diagnostical and Statistical Manual of Mental Disorders), registro muy elaborado de la psiquiatría norteamericana, fundado en una aprehensión descriptiva de las llamadas 'enfermedades mentales', se encuentra la noción de psicopatía. Entre los rasgos más comunes, se puntualiza, en lo que se refiere a las condiciones sociales, un nivel de escolaridad muy bajo, la desestructuración familiar, la dificultad de integración social, el problema del trabajo, la inestabilidad en las relaciones de amistad, el maltrato y el abuso sexual intrafamiliar, la presencia de violencia exterior, el consumo de alcohol y diversas adicciones, y por fin, relaciones con pandillas juveniles. Desde un punto de vista psíquico, se subraya un alto grado de impulsividad, la ignorancia de la Ley, la ausencia de sentimiento de culpabilidad, la falta de 'solicitud' para con los otros, así como la inexistencia de una referencia paterna estable. Todos estos *items* se definen por carencias, es decir negativamente, e indican carencias en el plano tanto educativo como cultural y afectivo.

Estructuralmente, la psicopatía se diferencia de la psicosis, pero no se trata de perversión. No se suele observar entre estos jóvenes, creaciones de una neo-realidad a partir de procesos alucinatorios estructurados; tampoco se puede hablar de una forclusión del Nombre-del-Padre, lo que constituye el agujero simbólico en el nudo de la psicosis.

A cambio, los rasgos diferenciales más claros en la psicopatía son, sin duda, la ausencia de identificación a una figura paterna idealizada, justamente esta per-

sona que encarna al Padre simbólico, y que hubiera tenido que servir de intermediaria, o mejor dicho de mediadora entre el niño y la sociedad donde tenga que inscribirse. La perversión comparte con la psicopatía el aspecto antisocial, por el hecho que en apariencia, el sujeto se despreocupa de las normas y de los valores comunes cuyo respeto funda la convivencia. Sin embargo, la trasgresión como ruptura del lazo social, remite a causas profundamente diferentes en el uno y en el otro caso. Mientras que en la psicopatía, se observa un desconocimiento de las reglas éticas, ya que el sujeto ignora las leyes organizadoras de la vida social, o no se siente concernido o no se considera incluido, para el perverso, el fin es poner en cuestión a sabiendas la normatividad del grupo, por un rechazo de la Ley cuya aceptación sería la prueba de una sumisión a valores morales, así como de una voluntad de participación en la comunidad.

Reflexiones finales

El joven psicópata se relaciona con el alter ego, bajo el efecto de una proliferación de identificaciones sucesivas a través de un indumento, una figura, un escenario, y el protagonismo momentáneo que su personaje efímero le otorga, le permite frenar su tendencia a la errancia, al crear un puerto de amarre, un lugar (desde) dónde existir, el reconocimiento de los otros, imaginario aunque sin valor simbólico, un punto tope en la acción, un lugar a la vista de todos.

Respecto a la distancia entre la personalidad 'como sí' y la psicopatía, tal vez se puede explicar por las vivencias

infantiles. Una niñez relativamente tranquila en un entorno de precariedad, con relaciones familiares normales y un padre, si bien poco considerado, pero tampoco despreciado, parece la de la mayoría de los jóvenes de nuestro ejemplo que han encontrado en el 'como sí' una posibilidad de vida. En el grupo que se puede calificar de psicópatas, se puede sospechar unos primeros años salpicados de violencia, agresiones, negligencias, abusos sexuales...

Por último, hay que reconocer que el caleidoscopio de identificaciones a mano de los adolescentes, no está reservado a sectores desfavorecidos, sino que es la marca de la posmodernidad. Y su relación con una construcción psíquica problemática, con una tendencia a la anomia y a la pérdida de referencias éticas, refleja las enormes dificultades para muchos jóvenes en asumirse como sujetos de su deseo, sujetos activos, sujetos responsables, cuando no hay un Ideal para sostenerlos. Y la condición de marginalidad se limita a poner en exergo los retos para construirse una vida con sentido que enfrentan tantos seres humanos en un mundo de goce sin límite.

Bibliografía

Benasayag, Miguel & Schmit, Gérard
 2006 *Les passions tristes. Souffrance psychique et crise social*. La Découverte, Paris.

Chemama, Roland & Vanderersch, Bernard
 1998 *Dictionnaire de psychanalyse*, sous la direction de Roland Chemama, Références Larousse, Sciences de l'Homme, Paris.

Deutsch, Helen
 1934 «*Les personnalités comme si*», in Caïn, Jacques, coord. (1978). *L'identification. L'autre, c'est moi*, Tchou, Paris.

Dupret, Marie-Astrid
 2003 «*Exceso de maternidad y descalificación paterna*», *Ecuador-Debate*, n^o 59, Quito/Ecuador, agosto 2003: 49-64.

Freud, Sigmund
 1905 *Tres ensayos para una teoría sexual*, t. IV: 1169ss. Biblioteca Nueva, Madrid, 1972 (Trad. Luis López-Ballesteros).

Freud, Sigmund
 1921 *Psicología de las masas y análisis del Yo*, t.VII: 2563-2610. Biblioteca Nueva, Madrid, 1972 (Trad. Luis López-Ballesteros).

Lacan, Jacques
 1949 «*Le stade du miroir comme formateur de la fonction du Je telle qu'elle nous est révélée dans l'expérience psychanalytique*», *Écrits*: 93-100.

Marcelli, Daniel & Braconnier, Alain
 1988 *Psychopathologie de l'adolescent*, Masson, Paris.

Melman, Charles
 2005 *El hombre sin gravedad*. Buenos Aires: Universidad Nacional Editora.

Montecino, Sonia
 1991 *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. Ed. Cuarto Propio – CEDEM, Santiago.

Winnicott, Donald
 1995 *Realidad y Juego*, Gedisa, Barcelona.